

APUNTES SOBRE NACIONALISMO, IDENTIDAD Y ASTURIAS

José Carlos Loredó Narciandi

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen.- Este texto esboza un breve análisis del nacionalismo asturiano como caso ejemplar de ideología y actitud política en que se reflejan los rasgos generales de los nacionalismos. Se defiende que estos rasgos no tienen que ver tanto con la reivindicación de comunidades próximas frente a comunidades amplias cuanto con la definición sustancialista de las identidades y la renuncia a reconocer la fragmentación interna de las colectividades humanas de referencia.

Palabras clave.- *Nacionalismo. Identidad. Nacionalismo asturiano.*

Abstract.- This paper sketches an analysis of asturian nationalism as a exemplary case of ideology and political attitude where general traits of nationalism are reflected. These traits do not have to do with a claim for small communities as opposite to big communities, but with a substantialistic definition of identities which does not admit the inner fragmentation of human collectivities.

Key words.- *Nationalism. Identity. Asturian nationalism.*



Las falsas críticas al nacionalismo

Muchas veces se combaten las ideas que no se comparten acudiendo a los motivos de quienes las defienden, disfrazando así de crítica lo que en realidad es descalificación. Esto ocurre en las denuncias por analogía: los motivos subyacentes a las ideas rechazadas son similares a otros que o bien producen otras ideas cuya falsedad se da por supuesta o bien son ellos mismos indeseables. Si nos fijamos en las críticas al nacionalismo, la denuncia por analogía suele adoptar una forma como la siguiente: la ideología nacionalista, equiparable a las creencias religiosas o las aficiones deportivas, es eminentemente irracional y se basa en sentimientos que quizá se hallen muy arraigados en el alma humana pero que sería insensato tomar como fundamento de ninguna agenda política, pues en este caso mezclar la política con las pasiones conduce a actitudes excluyentes, insolidarias y hasta xenófobas, además de fomentar la cortedad de miras y obstaculizar el progreso. Mientras que el nacionalista es paleta, el no nacionalista es un ser abierto al mundo. Tanto que ni siquiera cae en la cuenta de que, en no pocas ocasiones, él también es un nacionalista, sólo que de una nación más grande y poderosa, una nación oficial.

Otras veces se oponen dos maneras por las cuales accedemos a nuestras ideas. Por una parte están las ideas que aceptamos después de una reflexión concienzuda. Comparamos alternativas, sopesamos pros y contras y llegamos a la conclusión de que nuestra elección es la más racional. El (supuestamente) no nacionalista cree funcionar de este modo. Por otro lado están las ideas que encontramos como si fueran revelaciones. Nos salen al paso y ante ellas experimentamos fascinación o alivio. Según su oponente, el nacionalista abraza así su ideología: como algo que esperaba ser descubierto y vivido con plenitud. Sin embargo esa dicotomía entre creencias e ideas racionales no se sostiene, porque traza una línea divisoria artificial entre razón y sentimiento, como si el ser humano tuviera el cerebro escindido y fuera posible atenerse a razones extirpando las emociones o bien experimentar las emociones a ciegas, sin reflexión.

En general, reemplazar la crítica por la descalificación equivale a colocar al adversario en una situación de inferioridad moral y colocarse a sí mismo, tácitamente, en el altar de la verdad absoluta. Ellos están condicionados por las pasiones. Sus ideas las ensucian sentimientos que entorpecen la libre expresión de la razón. Nosotros, en cambio, liberados de semejantes trabas, hemos conocido la verdad. Ellos están sometidos a la tiranía de unos motivos casi animales: gregarismo, territorialidad. Nosotros, por el contrario, aspiramos a la unidad, defendemos lo común. Nuestro marco de referencia es la humanidad. Somos universales. Si acaso, cuando advertimos que el universo o la humanidad son cosas demasiado abstractas, nos conformamos con defender unidades políticas lo más grandes posibles, aunque raras veces nos atrevamos a llamarlas imperios, esto es, naciones hipertrofiadas.

Lo que tantas veces se presenta como crítica al nacionalismo, en suma, no es sino descalificación. Desautoriza a los nacionalistas e implícitamente confiere a los (supuestos) no nacionalistas la autoridad para establecer las reglas del debate.

La verdadera crítica al nacionalismo

La crítica al nacionalismo debería situarse en otro terreno. Debería mostrar que su lógica interna -como "ismo" o reduccionismo- conduce a una definición sustancialista de un colectivo humano al cual se oponen otros, perdiendo de vista así las contradicciones que bullen en el seno de cualquier colectivo. Por supuesto, ese límite sustancialista no siempre se reconoce como tal. Desde un punto de vista teórico, y en el caso de naciones sin estado, muchos nacionalistas admitirán posibilidades intermedias que los más radicales -en realidad, los más coherentes- tacharán de mero regionalismo, autonomismo o federalismo. Desde un punto de vista político el límite de la sustancialización coincide con el de la independencia (una nación, un estado) o al menos la soberanía (la nación decide *libremente* integrarse en otro estado conservando autonomía política plena) y puede demorarse por razones estratégicas o diferirse cuando exista una incapacidad crónica para reunir el poder suficiente. En todo caso la sustancialización de lo propio frente a lo ajeno funciona siempre como horizonte. Lo nacional es lo propio y lo propio es lo nacional. La nación constituye la expresión política de una identidad que, en un primer momento, intentan definir con precisión personas que normalmente pertenecen al mundo académico o intelectual. Acto seguido esa identidad continúa definiéndose al mismo tiempo que se va construyendo e implantando (quienes no la acepten verán ese proceso como una imposición). Las expresiones artísticas y culturales que se presten a ello serán tragadas por el torbellino identitario, que las devolverá convertidas en iconos emocionales. En la medida en que el nacionalismo concentre poder político, todo un proceso de ingeniería social acabará por convertir en auténtica la identidad nacional de acuerdo con un típico mecanismo de profecía autocumplida que anulará *de facto* a los pocos críticos que queden, pues el espejismo habrá pasado a ocupar el lugar de la realidad.¹

¹ Es bien conocida la perspectiva "constructivista" según la cual las naciones no son previas al nacionalismo sino productos de éste. Son construcciones ideológicas y sociopolíticas que en la época moderna empezaron a vehicular

Por supuesto, los nacionalistas no vivirán eso como la construcción de una identidad, sino como una mezcla de descubrimiento, reencuentro y recuperación. Lo propio está amenazado, reprimido. La supervivencia de “lo nuestro” pelagra. Algo ajeno ha infectado el cuerpo de nuestra nación. Se nos han impuesto elementos artificiales. Por eso es necesario descubrir quiénes somos, reencontrarnos con nuestras raíces. No hay tiempo que perder, pues el declive es considerable. Nos espera una tarea ardua y llena de sinsabores. Al principio ni siquiera nuestro propio pueblo nos escuchará. Se necesitará mucha pedagogía y habrá que transigir a la hora de colaborar estratégicamente con fuerzas políticas hostiles. Pero la meta final, la soberanía, lo compensará todo, porque significará la recuperación definitiva de nuestra identidad.

La paradoja del nacionalismo

Podemos decir que tal o cual colectividad humana en tal o cual territorio es una nación y podemos pararnos ahí, conformándonos con aplicar esa etiqueta que, de tantas connotaciones como alberga, apenas significa nada. Por eso lo interesante aparece cuando vamos más allá y comenzamos a sacar consecuencias. Diríamos, entonces, que se trata de una nación vieja, quizá milenaria, cuyas fronteras lingüísticas y culturales se han mantenido más o menos estables a lo largo del tiempo. Por supuesto, si somos astutos -y probablemente si somos nacionalistas de izquierda- nos defenderemos de la acusación de esencialismo afirmando que las realidades nacionales son construcciones históricas que evolucionan², o que nuestro nacionalismo no supone identidades cerradas y excluyentes³. No obstante, seguimos asumiendo que algo se mantiene idéntico por debajo de esa evolución. Las naciones son construcciones, sí, pero no por ello dejan de ser reales. Y nuestra constatación de esa realidad se transforma en una voluntad -política- de que dicha realidad permanezca. Ahora comienza el segundo movimiento de la lógica nacionalista: para que la realidad nacional oculta se vuelva manifiesta es preciso definir una “esencia” bloqueada por ciertas fuerzas sociopolíticas y culturales contra las que debemos combatir. Y es aquí donde surge la paradoja: algunas de esas fuerzas forman parte de la colectividad humana cuya redención nacional buscamos. Así las cosas, no queda más remedio que integrarlas seduciéndolas y educándolas para que admitan la verdad. Si se empeñan en no admitirla, entonces quedan condenadas a la muerte civil (que los más energúmenos desean también física).⁴

unas fidelidades colectivas cuya referencia durante el Antiguo Régimen habían sido los señores feudales, los monarcas o la Iglesia. A este respecto es obligado mencionar libros como los de Anderson (1993), Billing (1995), Gellner (1988), Hobsbawm (2004), Hobsbawm y Range (2002) o Smith (1997, 2000).

2 Es lo que hace el mejor teórico del nacionalismo asturiano: Carlos X. Blanco (2007a). Dentro de la misma constelación ideológica, aunque desplazándose de la nación a la cultura, Xaviel Vilareyo escribe que “el *ethnos* asturiano no es un concepto uniformista, prefijado o rígido, ni tampoco estático, sino que su etogenia viene llevándose a cabo a través de los siglos y desenvolviéndose o evolucionando, agrandándose si cabe, configurando cada vez un mundo propio más rico, moderno y actual en consonancia con el desarrollo científico, social y cultural de la misma sociedad propietaria del *ethnos*” (Vilareyo, 2008: 10; traducción mía).

3 “En este proyecto ser catalán no puede ser una herencia recibida del pasado -lugar de nacimiento, apellidos, lengua familiar-, sino una elección libre, expresión de una voluntad de ser. De ser *también*, en muchos casos. Porque no hace falta que nadie deje de ser, que renuncie a sus orígenes, que reniegue de lo que era previamente, para ser *también* catalán. Por eso nuestro proyecto nacional no es ni ha sido nunca étnico, sino inclusivo, civil, integrador, democrático. No es tanto un proyecto de identidad, de identidad personal, pues cada cual tiene la suya o las suyas, cuanto de identificación con un país, una gente, una cultura, unas formas de vida, un paisaje” (Carod-Rovira, 2005: 36-37; traducción mía). Nótese que en este discurso el “nosotros” se da por supuesto: “ser catalán” implica una “identificación con un país, unas gentes, una cultura, unas formas de vida, un paisaje”. Se habla de “elección libre”, pero quien no se adhiera a esa esencia queda por definición excluido. La identidad aparece como un lastre, casi como un sacramento. Vilareyo es aún más claro: “si un asturiano, nacido o residente en Asturias, se empadrona fuera de Asturias, pierde la condición política de asturiano, aunque no por ello pierde la vecindad civil o nacionalidad ni su pertenencia al *ethnos* asturiano” (Vilareyo, 2008: 17-18; traducción mía).

4 En la lógica nacionalista desempeña un papel importante la distribución maniquea de los rasgos del colectivo al cual se le supone una historia común que es como un río que fluye superando obstáculos artificiales. De un lado están los rasgos positivos: los culturales. Éstos pertenecen al “nosotros” que define la nación oprimida cuya historia fluiría por cauces normales en ausencia de injerencias externas. De otro lado están los rasgos negativos: los manejos políticos atribuidos al agente opresor que obstaculiza dicho fluir identitario. Se habla, entonces, de un “conflicto” eminentemente cultural: la cultura de todo un pueblo está reprimida. Y quien la reprime, el agente opresor, vende como político un

Contra lo que podría esperarse, cuando el nacionalismo es minoritario -caso del asturiano- esa lógica se acentúa, pues en cierto modo las fuerzas que se oponen a la emancipación nacional son todas o casi todas, ya sea por acción o -normalmente- por omisión. Al obrero o al campesino les trae al paio la nación, y el burgués cómplice de la colonización apenas se molesta en serlo. Es como si existiera una nación que no sabe que lo es. El pueblo no se ha enterado de que, viviendo donde vive, constituye una nación. Hay que enseñárselo, y para ello se necesita identificar a ese pueblo ignorante de sí separando casi con un escalpelo los componentes de la nación que son verdaderamente tales y aquellos otros que, existiendo dentro del mismo territorio, son en realidad cuerpos extraños que impiden al pueblo adquirir conciencia nacional y obstaculizan la expresión política de ésta. El destino de los cuerpos extraños es ser extirpados o ser asimilados por el organismo. En última instancia, quienes no sean nacionalistas no pueden formar parte de la nación. De ahí que las formaciones nacionalistas con poco o nulo impacto electoral vivan sumidas en la perplejidad: la nación a la que dicen representar les da la espalda. ¿Cómo puede ser?

Mesándose los cabellos, el nacionalista intenta hallar la respuesta. Hay, como he dicho, un pueblo inconsciente al cual redimir, que ciertos izquierdistas asimilarán a la “clase trabajadora”. Depositario de la esencia nacional, el pueblo no se habrá dado cuenta, empero, de su función histórica. Alguna élite ilustrada -en la que surge el discurso nacionalista- tendrá que ponérsela de manifiesto. Quienes, perteneciendo a ese pueblo, sigan sin querer ser nacionalistas, pasarán a formar parte de las filas enemigas como renegados o malos patriotas. En todo caso mostrarán hasta dónde puede llegar la influencia alienante de *lo otro*, de lo ajeno, del colonialismo represor. Desde luego, ese tipo de personas constituyen el mayor problema, pues representan el tumor incurable. Son mentes alienadas cuya falsa conciencia debe iluminarse mediante la ideología nacionalista, y si no se ilumina es que son casos perdidos o traidores a su propio pueblo (al cual sin embargo pertenecen). Por eso, erigiéndose en conciencia verdadera, los ideólogos nacionalistas definen un “nosotros” que, lejos de coincidir con la colectividad empírica de referencia (los censados en el territorio, por ejemplo), restringe a una minoría concienciada el sentimiento propiamente nacional, reserva para un “pueblo” mayoritario e indefinido un sentimiento identitario que aún no ha encontrado la adecuada expresión nacionalista, y condena como enemigos de la nación -agentes colonizadores o cómplices de éstos- a quienes no forman parte de dicho pueblo ni de la minoría ilustrada nacionalista.

Llegados a cierto punto, cualquier discrepancia se trata como propia de colaboracionistas y a éstos hay que denunciarlos, porque es un deber moral indicar al pueblo quiénes son sus enemigos.

problema que es cultural. Sólo eliminando la opresión podrá el pueblo oprimido, ya soberano, hacer política de verdad. Mientras tanto la política no vale (salvo estratégicamente), pues participa de las reglas impuestas por el opresor. La cultura, el pueblo, están por encima de cuestiones políticas como la democracia o las votaciones. Se dirá, por ejemplo, que el uso y promoción de la lengua propia -la que se *dedice* como propia- está por encima de la política porque tiene que ver con los derechos humanos. Y se dirá que la independencia nacional también tiene que ver con esos derechos, que entonces se interpretan como colectivos, olvidando que la declaración de la ONU habla de derechos de las personas. Sea como fuere, evacuar la política del “nosotros” y atribuírsela a “ellos” equivale a arrogarse la exclusividad de algo que está mucho mejor visto: la cultura. La política, una cosa más *sucia*, sujeta a intereses y juegos de poder, pertenece al enemigo, que se sirve de ella con fines malévolos. (Ejemplo de esta perspectiva es el libro de Alberto Arana, 1998.) A menudo ese tipo de discursos se entremezclan con las críticas a la “democracia burguesa” o sirven de autojustificación para explicar los pobres resultados electorales del nacionalismo minoritario: los partidos mayoritarios hacen política de la mala; nosotros los nacionalistas, en cambio, hacemos política de la buena, de la que emana del pueblo. En cualquier caso, lo que interesa es recalcar la homogeneidad y la unidad del “nosotros” frente a la alteridad de “ellos”. La nación aparece como una unidad cuyos conflictos internos quedan en un segundo plano. No hay contradicciones políticas o identitarias en el seno de la sociedad, porque el pueblo es la nación y ésta debe carecer de fisuras por las que penetren las fuerzas colonizadoras. Las contradicciones no son realmente tales, sino infiltraciones del enemigo, influencias externas. En ese sentido no tienen que ver con la política. Por lo demás, la unidad de la nación por encima de los conflictos internos queda reflejada de un modo privilegiado en la historia (algo patente, por ejemplo, en el libro de José Mari Esparza, 2007). El pasado es el de un “nosotros”, y sólo “ellos” han podido ensombrecerlo contando una historia falsa. El nacionalismo minoritario reprocha al mayoritario su uso ideológico de la historia para, acto seguido, reproducir ese mismo uso ideológico en sentido contrario.

El caso de Asturias

El nacionalismo asturiano es minoritario y, especialmente el más radical (el más coherente), concentra las características que acabo de resumir.⁵ Suele partir del hecho de que los asturianos tienen un fuerte sentimiento de identificación con su tierra. Sin embargo, ese sentimiento nunca ha encontrado expresión política, y el apoyo de los asturianos a las formaciones nacionalistas ha sido siempre exiguo.

Así las cosas, hacer latir dicho pulso identitario dentro del corazón del nacionalismo exige una profunda transformación del cuerpo social asturiano. Exige redimir al pueblo dotándolo de conciencia nacional y condenar al exilio civil a quienes no se dejen redimir. Da igual si éstos forman un grupo grande o pequeño: desde un punto de vista conceptual es, para el nacionalista, minoritario por definición.

El principal obstáculo para ese proceso de redención es que el sentimiento identitario asturiano, un tanto regionalista y folclorista, no sólo es compatible con el nacionalismo español sino que es su mejor aliado, pues este último nacionalismo se ha solido caracterizar por la idea del mosaico o del crisol de razas y pueblos, un mosaico del cual los asturianos formarían parte con el honorable título de los primeros españoles. Asturias, cuna de España. Este covadonguismo funciona como el muro contra el cual toda propuesta política que huela a nacionalismo asturiano se ha golpeado una y otra vez.

Sin embargo se asume que la identificación colectiva de los asturianos constituye el germen de un nacionalismo político que aún no ha encontrado su vía de expresión. ¿Por qué? Porque una minoría de asturianos lo obstaculiza. En realidad, esa minoría está compuesta por personas que sólo tienen de asturianos el nombre, pues verdaderamente son españoles o antiasturianos.

Menos mal que en el extremo opuesto existe otra minoría concienciada capaz de decir al pueblo la verdad: “vosotros no sois españoles”. En realidad, entrando en algunos foros y *blogs* de Internet⁶ tiene uno la impresión de que ciertas personas ni siquiera creen necesario dar este paso. Consideran que los asturianos -el “pueblo trabajador asturiano”, se dice en ocasiones desde posiciones de las que igual simpatizan con el castrismo que mimetizan las actitudes *abertzales*- ya poseen conciencia nacional suficiente como para que, eliminada la represión española, lo demás se dé por añadidura y Asturias emerja ante el mundo como nación hecha y derecha. La represión española, canalizada por los medios de comunicación y los burgueses cómplices del poder imperial castellano-madrileño, es como un velo que cae y muestra al verdadero pueblo asturiano henchido de orgullo nacional.⁷

5 Historias del nacionalismo asturiano pueden consultarse en el libro de Pablo San Martín (2006).

6 Por ejemplo: <http://www.infoasturies.net/>, <http://www.darreu.org/>, <http://asturianrepublic.nireblog.com/>, <http://www.fai-asturies.org/principal.php?pag=inic>.

7 El nacionalismo asturiano también elabora su propia historiografía, a menudo empleando los mismos discursos mistificadores que el nacionalismo español. Asturias tiende a presentarse como una entidad nacional perenne que desde la época medieval ha visto escamoteada su independencia por un imperio -el castellano o español- que la colonizó e introdujo en ella unos elementos extraños de los cuales el heroico pueblo asturiano intentó liberarse en gestas como la de 1808 o las de 1934 y 1937, interpretadas en clave de insurrecciones nacionales obviando que poseían otras muchas connotaciones, entre las cuales la nacional era inexistente en la conciencia de quienes luchaban (salvo que confundamos apego a la patria chica con nacionalismo, un apego que de todos modos seguiría siendo un componente más de aquellas insurrecciones, no el único ni, sobre todo en los dos últimos casos, el principal). Lo que podríamos denominar “covadonguismo inverso” del nacionalismo asturiano constituye también un fenómeno llamativo, casi una ecolalia historiográfica. Asumiendo que en las montañas de Covadonga, allá por el año 722, hubo un enfrentamiento entre grupos de hombres, podemos interpretar que eso fue la cuna de España o sólo la cuna de un “estado asturiano” que nunca ha vuelto a recobrar su merecida independencia por culpa de la “opresión española”. Pero somos nosotros, desde el presente y desde nuestra plataforma política deseada, quienes decidimos dónde cerrar el cupo de “hechos” históricos para ponerlo al servicio de nuestra ideología. Quizá no quepa actuar de otro modo. Lo que sí cabe es ser consciente de esa operación y no barrer para casa denunciando la falta de objetividad histórica de

Puede objetarse que, en unas elecciones donde los asturianos participan libremente, el porcentaje de votos nacionalistas es testimonial. Pero se replicará que los procedimientos electorales propios de la “democracia burguesa” no sirven para representar la auténtica voluntad popular, o al menos que la “situación de fascismo (o predemocrática) que padece Asturias”, presa de un poder ideológico y económico detentados por unos medios de comunicación y una burguesía “al servicio de Madrid”, invalida cualquier apelación a unos procedimientos democráticos que, además, están viciados de raíz, pues emanan de la legalidad española impuesta tras la muerte de Franco. Otros dirán que los derechos nacionales asturianos -la lengua, la soberanía- son ajenos a la aritmética electoral, de igual forma que los derechos humanos no se votan ni se discuten, sino que son innegociables y, a lo sumo, se conquistan.

En cualquier caso, quienes se obstinan en considerarse españoles se colocarán al otro lado de la trinchera. Se dirá que pertenecen a clases sociales opresoras o bien que son periodistas, intelectuales o políticos al servicio del enemigo: cipayos. Si proceden de las clases medias o bajas, entonces viven autoengañados, manipulados ideológicamente por los cipayos, de los cuales pueden acabar formando parte.⁸ Habrá también quienes rechacen expresamente el nacionalismo español sin considerarse por ello nacionalistas asturianos. Estos son casi peores, pues son más difíciles de categorizar. Serán mirados como cómplices -por omisión- del españolismo, como seres pusilánimes y ambiguos que hacen el juego al nacionalismo español, de acuerdo con la conocida máxima según la cual “quien no está conmigo está contra mí”.⁹

Pues para el nacionalista lo natural es sentir una adscripción nacional. A lo mejor quienes se sienten españoles, mientras no molesten, están en su perfecto derecho de serlo, aunque tal vez deberían redefinirse como castellanos, andaluces, extremeños, etc. Pero hay otros individuos que no se sienten nada. Su adscripción nacional no entra en el meollo de su alma; las patrias no conmueven su corazón. Estos individuos, casos patológicos, no experimentan esa pulsión natural que consiste en la identificación colectiva.

Testimonio autobiográfico

Durante un tiempo me interesé por Asturias y llegué a conclusiones tan afines a las de los nacionalistas asturianos que no rechacé la etiqueta y hasta publiqué algunos textos fácilmente adscribibles a ese movimiento.¹⁰ Ahora me considero desplazado a otro lugar ideológico, mucho más incómodo -desde luego, no el nacionalismo español-. Nada malo puedo decir, individualmente, de los nacionalistas a quienes conocí en persona o a través de la red. Mi

nuestros oponentes ideológicos y reservándonos la interpretación correcta del pasado. Cuando algunos historiadores critican la lectura nacionalista de hechos como la declaración de soberanía de la Junta General del Principado en 1808 o la creación del Consejo Soberano de Asturias y León en 1937, no es porque sean agentes ideológicos del españolismo, sino porque las cosas no pueden estar tan claras. No hay una objetividad pura a la que remitirse. Los hechos son equívocos por naturaleza. Excepto, claro está, si el nacionalismo se vuelve hegemónico, dicta la historia que debe impartirse e investigarse, y condena al ostracismo a aquellos historiadores que niegan la lectura en clave nacional de episodios como los mencionados. Con el correr del tiempo la nacionalista pasaría por la única lectura posible hasta tal punto que se caería en los mismos absurdos en los que cae el nacionalismo español cuando supone una España eterna que se retrotrae hasta Atapuerca. (Un ejemplo de historiografía nacionalista asturiana es el libro de Mariano Suárez Rodríguez, 2004.)

8 “Esta situación de abandono de la lengua nacional y, por ende, de abandono de los resortes de un resurgimiento nacional sólo puede ser entendida en términos de estrategia perfectamente planificada desde Madrid en connivencia con los agentes colonizadores locales y toda una corte de cipayos perfectamente instalada en Uviéu [Oviedo] y en otros sitios claves de su ‘provincia’” (Blanco, 2007b: 25). “Defender, como pretenden algunos, la lengua asturiana y al mismo tiempo meter las ‘morcillas’ que están metiendo en la arena del debate político, no puede ser ejemplo mayor de colonización españolista por medio de la cooptación de nativos, movilización de cipayos y transformación de un sentir nacionalista importante en la población asturiana en poco más que un movimiento regionalista y folclórico sin articulación política para no molestar a los poderes capitalistas que dirigen sus hilos desde Madrid, con la connivencia lacayuna de Uviéu” (Blanco, 2007b: 36).

9 “[E]n lo que respecta a la percepción política de Asturias, si no se tiene una posición asturiana es que se ha elegido una española” (FENA, 2002: 10; traducción mía).

10 Recopilados casi todos en: Loredó (2008). También me molesté en aprender la que supuestamente era *mi* lengua (lo cierto es que sólo domino el español).

crítica es teórica. Para ellos representará un retroceso o acaso una traición. Para mí no es que sea una evolución, porque tampoco creo en los “errores necesarios”. Es simplemente un desplazamiento o un giro que, pudor aparte, quisiera completar ahora con una breve referencia autobiográfica.

Llevo más de diez años viviendo en Madrid. Cuando visito mi ciudad de origen, Gijón, percibo con hartazgo una actitud que me parece tan estomagante como la del madrileño convencido de que “de Madrid al cielo”. Con la mejor intención del mundo, amigos y conocidos dan por supuesto que vivo desarraigado, instalado en la nostalgia perpetua, y algunos me preguntan, año tras año, si sigo en Madrid, como si mi lugar natural fuese Gijón. Me atribuyen una identidad: la de asturiano, la de gijonés. Constató además una conmisericordia bastante repelente: la de quien se ha quedado “al lado de los suyos” y se apena de quien ha tenido que “emigrar”. El hecho es que “los míos” están repartidos por lugares entre los cuales se halla Madrid. Las patrias (chicas o no) y las naciones ya se me han vuelto entidades demasiado abstractas como para emocionarme. No digo que sean irreales: digo que son abstractas. Yo ignoro cuál es mi sitio, y lo peor -para quienes gustan de las identidades- es que ni siquiera me importa demasiado. Cada biografía es única y transcurre donde transcurre, sin que las *morriñas* tengan derecho a lastrarla.

El enemigo del pueblo

Mi camino de Damasco comenzó hace poco más de un año cuando un profesor de la Universidad de Oviedo fue linchado moralmente tras proponer una enmienda contraria a la creación de una licenciatura en filología asturiana.¹¹ La enmienda, presentada con nombres y apellidos, prosperó en una votación privada de la Junta de Facultad, cuya mayoría la apoyó. Pues bien, el profesor en cuestión no fue tratado como un adversario sino como un enemigo. Algunos sectores nacionalistas y “asturianistas” lo trataron como un agente del españolismo colonizador, un académico incompetente que no merece su puesto y un mercenario de los poderes políticos (españolistas) que gobiernan el Principado. Recibió amenazas e insultos por correo electrónico. Algunas paredes del campus universitario aparecieron con pintadas en las que se le insultaba. Dos encapuchados se presentaron de improviso en su despacho para pedirle cuentas.¹² Algunos intelectuales “asturianistas” cuestionaron su competencia profesional.¹³ Algunas organizaciones políticas nacionalistas denunciaron, sin aportar prueba alguna, que tenía intereses ocultos y posiblemente estaba vendido al poder político mayoritario.¹⁴ También se sugirió que, aunque las amenazas no eran justificables, eran comprensibles debido al clima de “represión” que padece el pueblo asturiano -sofisma típicamente batasuno que culpabiliza a la víctima y victimiza al agresor-.¹⁵

El nacionalismo minoritario acaba utilizando las mismas armas que el nacionalismo hegemónico. Se basan en la descalificación: *nosotros* tenemos razones, *ellos* tienen intereses.

11 <http://estudios.universia.es/noticia.jsp?idNoticia=6817&title=FRACASA-PROPUESTA-ASTURIANO-COMO-TITULO-GRADO&idSeccion=5>, http://www.lne.es/secciones/noticia.jsp?pRef=2008070300_46_653092_Sociedad-y-Cultura-Tres-jovenes-intimidan-profesor-propicio-cambio-asturiano. He aquí mi propia defensa del profesor y las reacciones que suscitó entre los lectores: <http://opinion.asturnews.com/?p=122>

12 Insisto en que la enmienda fue presentada a cara descubierta y en que la votación fue privada. Algunos de quienes participaron en el linchamiento moral del profesor llegaron a proponer que este tipo de votaciones fuesen públicas para así saber quién votaba en contra de la lengua asturiana (para poder poner en la picota a más enemigos de pueblo).

13 Uno de ellos, del Partido Popular, escribía un artículo calificándolo repetidamente de “profesor de las perifrasis verbales, y de poco más” (<http://asturiesliberal.wordpress.com/2008/06/26/articulo-dhumberto-gonzali-si-en-filologia-tan-pa-facer-politica-que-se-presenten-a-les-elecciones/>, traducción mía).

14 Unida Nacionalista Asturiana habló del “voto de 34 personas que responden a intereses sectoriales y en ocasiones mercenarios” (<http://www.asturnews.com/index2008.php?idn=6780>, traducción mía)

15 En el comunicado emitido por la organización política nacionalista Andecha Astur se podía leer que “el comportamiento represor practicado por el arcicismo [en referencia al presidente asturiano] [...] no va a generar la sumisión completa que con ello se pretende, y terminará por generar respuestas cada vez más directas en el seno de la sociedad asturiana que no creemos que sean en absoluto deseables” (http://www.andecha.org/index.php?option=com_content&view=article&id=113:aa-considera-pateticos-los-intentos-de-fdez-de-castro-de-presentase-comu-victima&catid=1:nacional&Itemid=62, traducción mía).

Si encima ese “nosotros” se define en términos de un pueblo oprimido que lucha por sus derechos culturales, entonces las simpatías de cierta izquierda estarán aseguradas¹⁶. Da igual si se trata de Asturias, Irlanda o Palestina: se hace abstracción de las diferencias socioeconómicas e históricas y se decide que todo son colonias cuyo pueblo se encuentra sometido a poderes imperiales. La lucha contra estos poderes debe concitar todos nuestros apoyos. Ya no hay combate ideológico ni adversarios políticos, sino pueblos oprimidos frente a sus enemigos.

“Quiero ser chino”

Las identidades colectivas existen, desde luego. Lo que ocurre es que son cambiantes y, sobre todo, que es imposible, por principio, encontrar elementos esenciales privativos de ellas, elementos que las definan de un modo unívoco frente a otras. Si encima intentamos encarnar en las personas las identidades colectivas y definir en qué consiste ser un asturiano o un español, por ejemplo, entonces la catástrofe es completa, porque obligamos a cada individuo a adoptar una identidad que, siendo contradictoria y borrosa de suyo, al individualizarse se convierte en algo aún más contradictorio y borroso, puesto que los planos identitarios colectivo e individual son cualquier cosa menos conmensurables.¹⁷

Circula por Internet un cortometraje en el cual un tipo con aspecto algo bohemio, hablando desde una azotea que podría estar en cualquier gran ciudad española, intenta explicar por qué quiere ser chino¹⁸. Su paradoja y lo que nos hace reír es que, sin saberlo, se da cuenta de que la identidad china es imposible de definir unívocamente y dice cosas como que no le hará falta aprender la lengua porque hay chinos mudos y no por eso son menos chinos, o que no tiene claro si operarse sus facciones porque, en realidad, ser chino es algo que se lleva dentro. Cuando yo lo que quería ser era nacionalista asturiano, en vez de risa el vídeo me provocó cierta irritación. Ahora creo que expresa mucho mejor que yo todo lo que acabo de escribir.

Referencias bibliográficas

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- Arana, A. (1998). *El problema español*. 4ª ed. Hondarribia: Hiru.
- Bauman, Z. (2007). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Billing, M. (1995). *Banal Nationalism*. Londres: SAGE.

16 Lo que no significa que el victimismo nacionalista sea exclusivo de la izquierda. Refiriéndose a Cataluña, Jordi Pujol ha dicho: “Somos un pueblo derrotado, saqueado, mutilado, atado de pies y manos” (Pujol, 1996: 142).

17 El conocido libro de Zygmunt Bauman sobre la identidad (Bauman, 2007) maneja esa idea según cual las identidades no pueden definirse unívocamente. Sin embargo, uno tiene la incómoda sensación de que este autor aún cree que las identidades existen como realidades que, aunque se mezclen y remezclen constantemente, son de algún modo previas a esa mezcla, o al menos a nuestro intento de identificarlas. Deberíamos ir más allá y fijarnos en el proceso mismo de construcción de las identidades: no hay identidad que no esté construyéndose; no hay manera de definir o siquiera identificar una identidad si no es construyéndola o reconstruyéndola; es imposible librarse del efecto del observador, esto es, del hecho de que las identidades sólo aparecen ante nosotros cuando intentamos delimitarlas (por ejemplo, como antropólogos encuestando a “nativos”, como psicólogos culturales elaborando historias de vida, como historiadores reconstruyendo *nuestro* pasado o como ideólogos nacionalistas interpretando “el sentir del pueblo” en clave nacional). Recordemos también lo que decía Carod-Rovira respecto a su propio nacionalismo catalán pretendidamente no esencialista o no identitario (nota 3). Rovira parece suponer que permitir la suma o yuxtaposición de identidades (“no hace falta que nadie deje de ser, que renuncie a sus orígenes, que reniegue de lo que era previamente, para ser *también* catalán”) es suficiente para dejar de pensarlas como esencias.

18 <http://www.youtube.com/watch?v=rr5SFhGPIjk> (acceso el 12/09/08).

Blanco, C.X. (2007a). *La nación asturiana*. Oviedo: Espublizastur.

Blanco, C.X. (2007b). *Nación asturiana: soberanía y marxismo*. Libro electrónico disponible en <http://www.kaosenlared.net/noticia/nacion-asturiana-soberania-marxismo> y <http://carlosxblanco.blogia.com/>.

Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza.

Carod Rovira, J.L. (2005). *Un país, un futur*. Tarragona: Cossetània Edicions.

Esparza, J.M. (2007). *Cien razones por las que dejé de ser español*. Tafalla: Txalaparta.

FENA (Fundación d'Estudios Nacionales Asturianos) (2002). *Flamenquismu n'Asturies. La identidá llexitimaora de los partíos españoles*. Oviedo: Andecha Llibros.

Hobsbawn, E. (2004). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. 2ª ed. Barcelona: Crítica.

Hobsbawn, E. y Range, T. (eds.) (2002). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.

Loredo, J.C. (2008). *Pegollos y muruecos d'Asturies. Cosiquines d'una lleenda urbana*. Oviedo: Espublizastur.

Pujol, J. (1996). *Cataluña-España*. Madrid: Espasa-Calpe. (Ed. de Ramón Pi.)

San Martín, P. (2006). *La nación (im)posible. Reflexiones sobre la ideología nacionalista asturiana*. Oviedo: Trabe.

Smith, A.D. (1997). *La identidad nacional*. Madrid: Trama.

Smith, A.D. (2000). *Nacionalismo y modernidad*. Madrid: Itsmo.

Suárez Rodríguez, M. (2004). *¿Quién escaeció a Belarmino Tomás? Socialismu y soberanía n'Asturies*. Oviedo: Andecha Fundación.